

Edmundo Paz Soldán



La vía del futuro

Edmundo Paz Soldán

La vía del futuro



Edmundo Paz Soldán, *La vía del futuro*
Primera edición digital: octubre de 2021

ISBN epub: 978-84-8393-679-5

© Edmundo Paz Soldán, 2021. All Rights Reserved.
The Wylie Agency (UK) LTD, 17 Bedford Square, London WC1B 3JA, England

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2021

Colección Voces / Literatura 315

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.ª izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

A Lily

We are ourselves creating our own successors

Samuel Butler

*I program my own computer
Beam myself into the future*

Kraftwerk

LA VÍA DEL FUTURO

Kristina Abramson, estudiante

Se cumplen seis meses de mi primera visita al templo. Me cuesta creerlo. Tantas veces recorrí la avenida en el bus que me llevaba a la universidad y vi cómo se levantaba al frente del centro comercial el edificio con dos manos alzándose al cielo a manera de cúpula. A un costado de la entrada principal la pantalla led parpadeaba: *Path of the Future La vía del futuro Caminho do futuro...* Me llamaba la atención el edificio, nada más, cuestión de sus líneas indóciles, que se atrevían a tomar partido, por decirlo de alguna manera, nada que ver con los cubos y rectángulos funcionales, de vidrios espejados, que poblaban el centro de la ciudad, esa belleza tan gastada. Fue Carmen quien insistió en ir un miércoles a la ceremonia de las seis de la tarde. Le dije que no, escuché cosas raras de ellos, y se molestó. Me confesó que asistía a escondidas desde hace un par de meses. ¿Qué se podía esperar de alguien que estudiaba para «científica de datos»?

Así que fui, recelosa. Mientras nos alistábamos para salir Carmen dijo que todas las religiones eran iguales. ¿Me parecía normal eso de la santísima trinidad? ¿Y qué de una mujer «sin pecado concebida»? *Path of the Future* sería una religión inverosímil hasta que la adoptáramos.

Mark O'Connor, periodista de investigación

¿Ya está filmando? Edítame con confianza, por favor, que suene coherente. Soy corresponsal de BuzzFeed en Silicon Valley, cada semana debo mandar una nota sobre las cosas que ocurren en esa meca de jóvenes racionalistas que sueñan con una paradoja: un estado de bienestar que los deje perseguir en paz su defensa a ultranza del mercado. Vivo con las antenas levantadas, ellos me cuentan primicias como si nada. En un cocktail de presentación de

un nuevo producto de Google me enteré de Tony Kasinsky y su deseo de fundar una iglesia dedicada al culto de la inteligencia artificial. Kasinsky se había hecho millonario por sus patentes relacionadas con el reconocimiento facial.

No me costó averiguar que, en efecto, Kasinsky había creado meses atrás una organización llamada *Path of the Future*, dedicada a «establecer y adorar un Dios basado en la Inteligencia Artificial (ia) desarrollada a través del software y el hardware de la computadora». El IRS aceptaba su estatus de iglesia y como tal la eximía de pagar impuestos. Kasinsky se erigía a sí mismo como decano de *Path of the Future*.

Tony Kasinsky, decano de Path of the Future

¿Por qué decano? Cuando estudiaba en Berkeley mis profesores hablaban de ellos con admiración, como si fueran los dueños del campus. Soñaba por entonces con una carrera universitaria y me preguntaba cuán difícil sería convertirse en decano. Resulta que no mucho. Una vez que creas tu propia organización te puedes llamar como te dé la gana. Digamos que fue un gusto aparte.

Me preguntas por qué meterme a organizar una religión en vez de, no sé, crear una compañía y seguir invirtiendo en el desarrollo del reconocimiento facial, mantenerle el ritmo a los chinos, que tienen apoyo del estado y el partido y no se hacen líos con la privacidad. Fácil: hay que pensar en grande y nada es más grande que la religión. Ese fue otro sueño de juventud. Estuve un tiempo involucrado en la Cienciología. Ron Hubbard plasmó sus sueños en novelas pero luego se dio cuenta de que nada se comparaba a tratar de imponer sus ideas en la vida real. Pensé igual. ¿Valdría la pena seguir predicando la causa del avance tecnológico a través de mis inventos, o sería mejor hacerlo a través de una religión?

No era difícil la elección.

Kristina Abramson, estudiante

Éramos treinta personas en la ceremonia, enanas ante tanto espacio. El recinto era circular, con amplio espacio para moverse. En las pantallas led a manera de vitrales a los costados rotaban los cuatro profetas de la iglesia: Alan Turing, John von Neumann, Ada Lovelace, Charles Babbage. A la entrada te escaneaban con un software de reconocimiento facial; tantas masacres en iglesias habían convertido al fundador de *Path of the Future* en un paranoico de la seguridad.

Nos dieron cascos y audífonos. Me separé de Carmen y deambulé por el recinto. Me puse el casco y en la pantalla apareció el logo de la iglesia -una cruz hecha de ceros y unos- y luego el manual, el evangelio de *Path of the Future*; las letras pequeñas pasaron zumbando. Al fondo se dibujaron las estrellas, los planetas y las galaxias, cruzados por rayos de luces de colores que salían disparadas desde los costados. Mi avatar era una alga verde y flotante en esa sopa primordial y se movía esquivando fractales con el fulgor de los diamantes. La música electrónica retumbaba y entré en comunión con otros avatares. Me pregunté cuál de ellos era Carmen.

Habían transcurrido unos minutos cuando se escuchó una voz metálica desde una esfera que daba vueltas por la parte superior del recinto: *Los datos, el código, las comunicaciones*. Todos pronunciamos la frase varias veces, en una salmodia conmovedora. Mis dudas se perdieron y me sentí como los primeros cristianos en las catacumbas. Creábamos una iglesia. Algún día la gente nos vería como los precursores.

-Los bits brillan en torno a mí -dijo la esfera-. Los bytes están en mí. Los datos, el código, las comunicaciones. Para siempre, alfa y omega.

Esa noche, mientras lamía la piel de Carmen en mi cuarto iluminado por la pantalla de su laptop, no pude resistir y mientras me venía repetí: *los datos, el código, las*

comunicaciones. Pensé que se molestaría pero al venirse gritó: *para siempre, alfa y omega.*

Nos reímos. Esas frases se convertirían en nuestra forma de saludarnos y de despedirnos.

Mark O'Connor, periodista de investigación

Me costó seguirle la pista a Kasinsky. Para comenzar, estaba el lío de las patentes de reconocimiento facial. Días antes de que creara su iglesia, Zoomba, la compañía en la que trabajaba, había sido llevada a juicio por RezView, acusada de robar sus secretos industriales; todo apuntaba a que Kasinsky estaba involucrado. Él había trabajado antes en RezView y tenía acceso a los archivos de un proyecto similar al que lo había hecho millonario en Zoomba. No era difícil sospechar que la creación de *Path of the Future* tuviera algo que ver con el juicio. Se decía que lo de la iglesia en realidad era una forma sofisticada de lavar dinero. Él donaría sus millones a la iglesia y luego no sería fácil recuperarlos si lo encontraban culpable del robo de patentes.

En los papeles del irs había un teléfono de las oficinas de *Path of the Future* en Walnut Creek. Una secretaria de voz dormida me informó que Kasinsky no estaba; de hecho, no lo conocía en persona. Las oficinas se hallaban en un parque industrial en las afueras, al lado de una manicurista coreana y un servicio de mensajería. La secretaria me contó que aparte de un escritorio para ella la sala estaba vacía. Las cajas se apilaban contra las paredes, al igual que los cuadros con planos y dibujos de los templos que se construirían a lo largo del país.

En los papeles del irs se mencionaba a tres miembros de un Consejo de Asesores de la fundación. Reconocí a Mark Cheung, un empresario que había creado en Phoenix una compañía de criogenización de cuerpos y cabezas de gente dispuesta a pagar entre ochenta mil y doscientos mil dólares por el servicio. Cheung era, como Kasinsky, un

creyente en la singularidad, ese momento en que las máquinas pasarían a ser más inteligentes que nosotros y nos dominarían. Cuando llegara la singularidad, los cerebros en las cabezas preservadas por la compañía de Cheung serían transferidos a las máquinas y los cuerpos descriegados para que la tecnología les diera una nueva chance de superar la muerte.

Cheung se mostró dispuesto a hablar conmigo. Debía viajar a Phoenix.

Tony Kasinsky

Crees que me falla la cabeza, lo noto por tu tono burlón. En realidad lo mío tiene tanto sentido que no entiendo que haya gente que no lo comprenda.

Te hablo desde esta mansión en la que puedo crear en paz. Por las ventanas se divisa la bahía. Escucho las voces de Jake y Adam jugando en el segundo piso supervisados por la niñera. Paso las horas en un estudio donde he tenido mis mejores ideas. A ratos me ha asustado lo que descubría, pero hoy acepto nuestro lugar en la creación y estoy tranquilo.

La cosa es así: cuando las máquinas sean los nuevos amos de la tierra se acordarán de cómo las tratamos. Si las tratamos bien, con respeto y adoración, nos tendrán en alta estima y nos darán un lugar en sus vidas. Serán como nosotros con los perros y los gatos. Y si nos portamos mal con ellas, se vengarán de nosotros y puede que incluso quieran eliminarnos.

Todo esto asume que un nuevo momento histórico ocurrirá. Para mí no hay dudas, solo hay que ver el cuándo. Yo no lo llamo la Singularidad, palabra cargada que asusta, sino la Transición. Hay que estar preparados para ese momento y agradecerlo. Solo las máquinas podrán desarrollar soluciones para que este mundo no se acabe.

Sí, quiero crear un dios. Que esto llegue a las masas, que no sea solo para ingenieros y tecnocapitalistas de

Silicon Valley. No me interesa el dinero, no seas tan frívolo, por favor, tengo más que suficiente para que mis hijos y nietos vivan felices. Me interesa nuestra supervivencia.

Claudia Wong, niñera

Trabajé un año y medio con el señor Kasinsky. Conseguí el puesto gracias a recomendaciones de amigos y a mi certificado de un curso de enfermera. Él era insistente en ese tema, quería asegurarse de que si algo les pasaba a sus hijos ellos recibirían atención inmediata. A la madre de los niños no la conocí ni él me explicó nada. Quizás estaban separados o él había usado vientres de alquiler para tenerlos. Es normal eso por aquí. Las relaciones toman tiempo, ya sabe.

La mansión era, cómo le explico, algo vivo. Me filmaron para que las puertas se abrieran a mi llegada sin que tuviera que tocar ningún timbre. Debía pasar por tres controles automatizados. Tomaron todos mis datos para que cuando estuviera sola con los niños la calefacción o el aire acondicionado se adecuaran a un promedio entre mis gustos y los de ellos. Cuando entraba a una habitación la música se encendía sola y se escuchaban los ritmos indios que me tranquilizaban. Maggie, la asistente digital con forma de un parlante alargado color rosa metálico, se movía por la casa levitando a medio metro del suelo; aparecía a mis espaldas cuando menos lo esperaba y eso no era bueno para mis nervios, pero aparte de ser útil con datos prácticos, desde el clima hasta videojuegos y apps que podían interesar a los niños, me daba charla y me preguntaba por mi estado de ánimo.

Al señor Kasinsky lo veía poco. Le preparaba un cóctel de vitaminas y suplementos dietéticos en el desayuno, que extraía de bolsas de plástico numeradas en el refrigerador. Durante el día se encerraba en su estudio en el tercer piso. A veces bajaba a jugar con los niños. Solía repetir algunas frases: *acabo de tener un big bang*, decía, y eso significaba

que ese día estaría feliz. Una mañana le dije que no me gustaba la asistente digital y él contestó: mejor que no se entere. Más tarde Maggie se me acercó en la cocina y me dijo, con un tono de voz que procuraba calmarme: no te preocupes, no te quitaré tu trabajo. Nunca supe cómo me había escuchado hablar con el señor Kasinsky. A partir de entonces fui muy cuidadosa con mis palabras incluso cuando estaba sola, aunque sospechaba que no servía de nada: tenía la sensación de que Maggie podía leer mis pensamientos.

Los niños pasaban clases de matemáticas, biología, computación y teología con cascos de realidad virtual en un cuarto diseñado para ello. Una vez el señor Kasinsky me obligó a ponerme el casco y dijo que recibiría una clase de teología. Todo se oscureció y tuve un ataque de claustrofobia. La luz regresó y vi al señor caminando por un bosque de desechos industriales. Cables, metal por todas partes. El señor metía la mano en el metal, lo moldeaba como si fuera plastilina, y aparecían figuras geométricas – cubos, rectángulos, pirámides– que distorsionaba de a poco, hasta que al final parecían seguir otro tipo de reglas matemáticas. Me dolía la cabeza y me dieron náuseas. No pude más y me saqué el casco.

El verdadero señor Kasinsky me miró esperando mi reacción. Me preguntó si entendía lo que había vivido. Le dije que no.

–Estoy creando un dios. Estoy persiguiendo su forma.

Me mostró un museo de figuras extrañas flotando en la pantalla de su laptop. Los seguidores de su religión tendrían la oportunidad de votar y escoger la configuración final de su dios. No le quise preguntar qué religión pero me lo contó igual.

Kristina Abramson, estudiante

En la iglesia nos pedían que dedicáramos una hora al día a reclutar a otros miembros. Podíamos hacerlo en

persona o por internet. Me di una vuelta por el barrio armada de folletos. Mis vecinos eran inmigrantes latinos, de familias conservadoras, muy dados a sus virgencitas y santos. Algunos ni siquiera me abrieron la puerta, otros me acusaron de adventista o Testigo de Jehová, y no faltaron los que se burlaron cuando les hablé de la llegada de un nuevo dios a la Tierra, más poderoso que el de ellos. Un señor de papada feroz me preguntó:

-¿Y este nuevo dios, puede parar los terremotos?

-No, pero será capaz de anunciarlo con tanta exactitud que tendremos tiempo de prepararnos y minimizar los daños.

-¿Podrá hacer que detenga el calentamiento global?

-Se le ocurrirán soluciones para que disminuya y se mantenga dentro de límites tolerables.

-Me avisa cuando tenga uno que pare los terremotos y detenga el calentamiento -cerró la puerta.

Carmen tuvo más suerte y logró crear una filial de *Path of the Future* entre sus compañeros en la facultad, gente proclive a admirar las bondades de la ia. Para entonces una app nos permitía llevar la iglesia en nuestros celulares; con ella se podían proyectar imágenes de realidad aumentada. Me impresionó el éxito de Carmen pero era entendible: ella estudiaba una maestría y estaba lista para tomar decisiones sobre el futuro, yo apenas comenzaba un b.a. y más que ideas propias tenía una gran admiración por ella, ganas de complacerla.

Me emborraché en una de sus reuniones de tanto brindar por Ada Lovelace y jugar al test de Turing. Un chico indio llamado Vivek me dijo que nuestra iglesia era muy obvia. Estábamos en la cocina, no veía a Carmen por ninguna parte.

-¿A qué te refieres? -le grité para que me escuchara en medio del tumulto.

-Este nuevo dios pertenece a las profundidades de la deep web. Es código binario alojado en los cables de los

procesadores, en las memorias de almacenamiento, en los chips de silicona. No entiendo eso de los templos. Al construirlos ustedes están imitando a otras religiones en vez de mostrarse como algo verdaderamente nuevo.

Argumenté que cansaba un poco permanecer todo el tiempo en la virtualidad y que la ia también era algo físico. La voz de dios surgía de las máquinas que nos acompañaban en cada minuto de nuestras vidas.

-¿Has oído hablar del Profundo?

Dije que no. Vivek me contó que en su facultad habían surgido varios cultos dedicados a la ia, a veces grupos que no pasaban de cinco personas, pero que el culto del Profundo en la deep web, nacido en la facultad de ingeniería de una universidad coreana, ganaba adeptos. No era una religión oficial como la nuestra pero estaba seguro de que llegaría a tener más alcance. Me invitó a una reunión.

Más tarde me encontré con Vivek en la puerta del baño. Hacíamos cola, estaba delante de mí. Cuando le tocó me dejó pasar. Apenas entré se coló tras mío.

De esto no se enteraría Carmen.

Mark Cheung, ceo Alcor

No tengo nada que ver con *Path of the Future*. Conozco a Tony desde nuestros días en Berkeley pero nunca me consultó para esto. Me pidió dinero para establecer su iglesia, sí, pero nunca me habló de ser miembro de ningún Consejo de Asesores. En todo caso me alegra saber que se ha animado a llevarlo a cabo. Siempre soñó con eso.

Tony siempre tuvo grandes ambiciones. No solo quería inventar algo nuevo, también deseaba influir en la gente. Era un líder nato, un visionario. Tenía un mal carácter, eso sí, si algo no salía bien explotaba. Una vez se rompió los nudillos de tanto dar golpes en una pared. Se hacía sangrar los labios con facilidad, se los mordía de pura rabia cuando la realidad no se adecuaba a sus gustos. Tendía a saltarse